

tes bienes que no se acaban, dulzuras que nunca cesan, gemidos de contrición ardiente, ó sonrisas de inocencia, que se enlazan en el último suspiro con la gracia de la perseverancia final, que abre al alma las puertas del Empíreo. Pero es que, aparte de esta doctrina fundamental de nuestras venerandas creencias, yo me complazco en creer que el mundo físico resplandeció realmente, en la hora feliz de tu nacimiento, con más vivos fulgores, por permisión ó por mandato del Hacedor del universo. Yo insistiré en pensar que la luz, el aire, el éter, te consagraron en aquel día sus especiales bellezas; que las aves cantaron con más dulces gorjeos tus altas prerrogativas; que la tierra y el mar no sufrieron, en latitud ninguna, el influjo de las tempestades; que no corrió la lava de los volcanes en la montaña, ni hubo víctimas sepultadas en el precipicio de los desfiladeros peligrosos, ni fieras que dañaran al caminante en la espesura de los bosques; que la naturaleza toda, en suma, no tuvo, en aquellos instantes dichosísimos, ni tristezas ni amenazas para los seres, sino únicamente júbilo, y paz, y encantos, y armonías. Y ya, mi dulce Madre, que estas concepciones de mi mente y estos acentos de mi boca no sean bastante dignos y elevados para encarecer tus gracias y tus dones, deja que en mi fervoroso entusiasmo de estos altos momentos recoja las esperanzas y la fortaleza que contienen estas tus hermosas palabras: "Los que me escl-

recen tendrán la vida eterna „ *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.*

Señor Excmo.: Querer investigar á fondo todas las enseñanzas teológicas acerca de la dignidad incomparable de la Santa Madre de Dios y de su protección poderosa, sería engolfarse en un océano sin fondo y sin orillas; pero sí podemos condensar en ojeada rapidísima, en muy lacónicas frases, la historia de su valimiento y de sus beneficios en las sociedades regeneradas por la doctrina del Evangelio. ¿Qué es lo que descubrimos en la serie de las generaciones cristianas? Miradlo bien: vemos que la devoción y el culto de María subliman el sacrificio de los mártires, desatan las cadenas del esclavo, doman la ferocidad del guerrero, immortalizan la pluma de los Doctores, dignifican y enaltecen á la mujer ante la ley y el derecho, imprimen la justicia y la equidad en los Códigos de los pueblos, dan más robustas alas al genio del artista y á la fantasía del poeta, muestran á cada paso, en las paredes del suntuoso templo ó de la pobre ermita. los elocuentes testimonios de sobrenaturales verdades y de infinitas consolaciones.

¿Y qué es lo que escuchamos? Oidlo bien. El eco de las bendiciones que de todos los ámbitos del mundo se elevan á la Madre de Dios, el grato rumor de las súplicas que se la envían, y que los labios recogen del fondo de los corazones; el grito agudo de los campanarios que entonan las ala-

banzas de María con sus lenguas de bronce; el panegírico que pronuncian los sacerdotes católicos, intérpretes de la fe y de la religiosidad de los pueblos; y ese dulcísimo saludo de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes, que nos anuncian la entrada en nuestra casa de un corazón creyente, siquiera nos sea desconocido.

¿Y qué es lo que sentimos? Expresadlo bien: ¿no experimentáis una emoción profunda cuando penetráis en los templos y contempláis estos cultos y estos homenajes? ¿No os dominó algún día un sentimiento de respeto, de veneración quizá, cuando visteis en derredor vuestro esas almas fervorosas, casi elevadas hasta el arrobamiento, para las cuales, fuera de María y del cielo, parece que nada existe? ¿No os habéis conmovido nunca al asistir á esas solemnes procesiones, en donde las palabras se repiten, y el corazón las halla siempre nuevas? ¿Y no os pareció alguna vez, cuando la conciencia os acusaba, que esa Virgen os reconvenía dulcemente, y otras veces, cuando vuestra conciencia os absolvía, que se sonreía con vosotros? Señores: hay hechos, siempre vivos, que compendian muy acabadamente las grandezas y las liberalidades de la Madre de Dios; es el magnífico espectáculo de esas peregrinaciones que han llevado á los habitantes de España á Montserrat; á los de Francia, á Laon; á los de Italia, á Loreto; á los griegos, á Constantinopla; á los de

Austria, á María-Zell; á los de Bohemia, á Boleslau; á los de Baviera, á la antigua Cetinga; á los de Suecia, al Monte Venusto-Elvacence; y á su nombrada Ermita á los de Helvecia, no citando sino los santuarios más célebres.

Tal es la historia constante de diecinueve siglos; pero entre esas admirables páginas todavía suelen descollar episodios que constituyen el más preciado timbre de una nación, ó la tradición más querida de un pueblo, ó la nota más conocida de un alma, ó el vínculo más fuerte de una fraternidad piadosa. Y como una de esas páginas es la que nos congrega á orar en este santo recinto, permitidme, Excmo. Señor, que me detenga aquí un tanto para recorrerla y estudiarla.

¡Oh tú, ciudad bella y gentil, ciudad leal y esforzada, Valladolid noble y católica; y cómo mi corazón se dilata al contemplar los blasones de tu historia religiosa, blasones que colocaste de continuo bajo el amparo de María, en el Misterio de su Natividad bendita, y que enriqueciste más y más, honrando y perpetuando entre tus hijos una advocación inolvidable de ese ser venturoso! Los historiadores y los críticos podrán discutir acerca de tu origen y de la etimología de tus nombres; pero tu suelo tan favorecido, tus oteros tan risueños, tus aires tan saludables, tus campiñas tan fértiles, tus héroes tan renombrados, tus tradiciones que asombran, tus leyendas que embelesan, tus romances que cautivan, merecen ser celebra-

dos por los egregios vates á quienes diste vida (1), colosos de la poesía y de las letras, y hoy mismo enaltecidos y coronados del mundo. Con haber sido tu cielo tan poco benigno para mí (2), de las inquietudes y dolores que en tu mansión me abru-

(1) Alúdese aquí á los Excmos. Sres. D. José Zorrilla y D. Gaspar Núñez de Arce, individuos de la Real Academia Española. Aunque de carácter muy diverso, y viviendo en atmósferas bien distintas, ambos han inmortalizado su nombre y han cubierto de gloria la ciudad donde tuvieron su cuna. Eran, sin duda, dos inteligencias soberanas, y pasan verdaderamente la fuerza de su talento y la profundidad de sus creaciones. Los versos del primero son, casi siempre, rosas de los verjeles y lirios de los valles; los del segundo, cedros de la montaña y cipreses de dormitorios fúnebres. Uno y otro honraron con cariñosa amistad al autor de estos Sermones, el cual corresponde todavía á aquel afecto con sufragios henchidos de esperanza. Porque, al publicarse este Discurso, aquellos hombres preclarísimos subieron ya á más venturosa patria, dejando á cuantos les amaban el consuelo inefable de haber exhalado el último suspiro, con ejemplar piedad, en el seno de la Religión católica, que siempre profesaron.

(2) El panegirista de la Santísima Virgen en esta solemnidad tuvo gravemente enfermos á varios individuos de su familia, desde Abril de 1882 hasta Noviembre de 1885, durante cuyo tiempo ocupó el Deanato de aquella Santa Iglesia Metropolitana; y precisamente á los dos meses escasos de haberse celebrado estos cultos, perdió en la misma ciudad á la menor de sus hermanas, Doña María de Gracia. En 1888 pudo hacer una piadosa visita á aquella tumba querida, cerca de la cual reposan igualmente los restos de una religiosísima dama, tierna amiga que fué de la difunta y de la familia toda de ésta, la Ilma. Sra. Doña María del Pilar Martínez y López de Ayala de Martínez Sobejano. Descansen ambas finadas en la gloria del Señor, y sea dado al que escribe estas líneas volver á repetir sus plegarias sobre aquellas mismas sepulturas.

maron, sólo quiero el derecho de grabarte con amor en mi memoria; y si llegara yo un día á alejarme de tu seno, había de verter tan abundantes lágrimas como si en él se hubiese mecido mi cuna, como si fuese tu verdadero hijo.

¡Oh y á quién fuera dado, Señor Excmo., reunir y condensar aquí, como en focos de luz, vuestros más preclaros timbres, vuestras glorias más puras! Yo recorro los anales de esta comarca celeberrima, codiciada siempre de conquistadores y caudillos, y veo que ella ha presenciado tres grandes civilizaciones; la civilización romana, originaria de Atenas, con sus famosas leyes y sus gigantes monumentos; la civilización goda, importada de Bizancio, con sus títulos y honores del Imperio de Oriente, y con la corruptora molicie que precipitó su ruina; la civilización árabe, que, nacida de mentidas inspiraciones, basada en la sensualidad y el fatalismo, y extendida por la ciega intrepidez de guerreros fanáticos, supo, no obstante, en algunos períodos de su dominación odiosa, cultivar con gran fruto las ciencias y construir alcázares de filigrana. Y, apoyando las respectivas dominaciones de esas razas, miro cruzar por estos privilegiados lugares las legiones de la soberbia Roma, los ejércitos vencedores del fratricida Eurico y el arriano Leovigildo, las hordas sanguinarias de los Tarik y de los Almanzores. Por esas extensas llanuras, cuya fertilidad prodigiosa apenas tiene igual en mi risueña Andalucía,

y las cuales fueron á un tiempo regadas con los sudores y la sangre de vuestros abuelos; y por las márgenes de ese mansísimo río, donde los poetas dirían que moran las ondinas, veremos ya cruzar, desde mediados del siglo VIII, como fugaz meteoro, las banderas del primero de los Alfonsos; admiraremos después las grandes figuras de Alfonso el Casto, de Ramiro I, de Ordoño I y de Alfonso el Magno; nos recrearemos con indecible júbilo en las victorias definitivas de Ordoño II, Ramiro II y Alfonso VI: hasta que, al fin, esta porción amada de la Vieja Castilla ve comenzar la Era de su engrandecimiento bajo aquel valeroso Conde Ansúrez, corazón recto y magnánimo, amigo fiel de su Rey, á quien siguió y consoló en las horas de la desgracia, y dió prudentes consejos en los días de la ventura; espíritu elevado y piadosísimo que erigió templos, que fundó hospitales, que dotó monasterios, que colmó á estos habitantes de sus dádivas y sus munificencias; que habiendo vinculado para sí y para sus descendientes la fe y el heroísmo, ha recogido durante ocho centurias, y habrá de recoger hasta los siglos más remotos, las fervorosas oraciones de la gratitud cristiana.

Y, á contar desde aquel día, ¡qué cuadro tan portentoso de envidiables timbres va presentando esta ciudad ilustre, en el que se miran al par las grandezas de la Religión, la vida y el desarrollo del Municipio, las luces y manifestaciones de la

ciencia, el esplendor que rodea la estancia de los Soberanos, y el prestigio de haber sido la cuna ó la morada de esclarecidos Santos, de inolvidables Príncipes, de Prelados celosos, de sabios eminentes, de guerreros invictos, de artistas inmortales! Y para concretar, porque así es justo, algunos hechos, y para designar algunos nombres, diremos, Excmo. Señor, que aquí se celebraron Concilios celebérrimos, presididos por Legados Pontificios; aquí florecieron aquel Pedro Regalado y aquel Simón de Rojas, casi beatificados en vida, el uno por el rigor de sus austeridades, el otro por la humildad de su claro entendimiento; aquí residió y murió Doña María de Molina, la excelsa Reina que supo fiar á la hidalguía de este pueblo generoso y leal la tutela y la defensa del heredero de un trono: aquí murió también, con la muerte del justo, el inmortal Colón, descubridor de Nuevos Mundos para la fe de Jesucristo: aquí se reunieron Cortes importantísimas, entonces cuando los Procuradores españoles sólo anhelaban la justicia y el enaltecimiento de la Patria: aquí se creó una Universidad famosa, que contó por centenares sus insignes Maestros: aquí se verificaron aquellas bodas providenciales de Isabel I y de Fernando V, bodas que se asemejaron á una leyenda de amores: aquí nació aquel Felipe II, cuya memoria llena los tres últimos siglos; cuya figura han agrandado los historiadores, ya con sus simpatías, ya con sus odios, pero de cuyo Rey no

cabe desconocer que impidió la propagación de una herejía funesta, que contuvo las audacias de la Media Luna, y que amó con pasión á su Patria; aquí vivieron, por último, una parte de sus preclaros días, Teresa de Jesús, la mística Expositora del *Cantar de los Cantares*; Cervantes, á quien la Europa entera ha adjudicado el cetro de la literatura; Fray Luis de León, el vate inmortal de las inspiraciones sagradas; Suárez, el genio profundísimo de la Teología católica; Herrera, Carducci, Berruguete y Juan de Juni, que respectivamente supieron enriquecer la arquitectura, la pintura y la estatuaria con las más notables y primorosas creaciones.

Pero, señores, ¿bajo qué amparo, bajo qué escudo, bajo qué cielo, bajo qué amor han podido crecer tantos laureles, se ha logrado atesorar tan incomparable grandeza? ¡Oh tú, advocación purísima y bendita de Nuestra Señora de San Lorenzo! Tú eres la que has presidido á este conjunto indescriptible de magnificencia y de amor. Tú fuiste para esta ciudad querida el sol que vence á la niebla, la luna que aparece entre nubes, el faro de las costas que brilla en la borrasca, la choza que da abrigo en el monte, la barquilla que salva en el naufragio ó en la inundación de la llanura. Por eso, estos tus reconocidos hijos no aciertan á pronunciar tu nombre sin que se humedezcan sus ojos con lágrimas sinceras y purificadoras; por eso yo te considero en esta ciudad católica como

ese espacio infinito en el que se descubren cada día nuevas estrellas y nuevas maravillas; como esa naturaleza espléndida que presenta sin cesar los más variados fenómenos; casi diré como la gracia misma de Dios, que tiende siempre á aumentarse y difundirse cuando el corazón la recibe y la libertad humana corresponde á sus dulzuras.

Señor Excmo.: es siempre la misma historia; uno de aquellos cien episodios que se registran en las páginas de nuestros anales eclesiásticos durante los dos siglos que median entre el Cid y Fernando III; una de las innumerables advocaciones de la Madre de Dios, cuyas imágenes, preservadas por los fieles de las profanaciones del audaz agareno, reaparecen un día entre prodigios, como prenda de una perpetua paz y para consuelo y fortaleza de los que esperaron y creyeron, de los que combatieron y oraron.

Vosotros, hermanos míos, escuchasteis veces mil los arrebatadores poemas contenidos en el título de esa Virgen tan amada. Conducida á estos piadosos lugares por un santo sacerdote, los sauces de vuestro manso río ocultaron la gruta que le sirvió de asilo, y guardaron durante tres centurias su secreto y su tesoro, hasta que uno de aquellos seres idealizados ya por las edades bíblicas, rodeados en Belén de fulgores divinos, cantados por todas las literaturas; seres bañados siempre por los rayos del sol, ó por luz de la luna y los luceros; que viven estudiando las

nubes y los crepúsculos, y aspiran sin cesar el aroma del romero y de la siempreviva silvestre; un sencillo pastor, en suma, ha obtenido la dicha de que se le manifieste esa Virgen celestial, envuelta entre los resplandores de su gloria. Ella será primeramente colocada sobre una de esas antiguas puertas, que son como centinelas vigilantes, como defensa firme de las ciudades amenazadas, y allí protegerá vuestro recinto. Ella enriquecerá después la modesta Ermita del invicto Mártir español, Lorenzo, donde crecen maravillosamente su devoción y su culto; y el noble desprendimiento de un corazón reconocido á las misericordias de esa Madre del cielo, cambia el humilde Santuario en templo anchuroso y magnífico. ¡Ah, señores! Para conocer desde aquella hora feliz los inmensos beneficios de esa clemente Madre, los portentos que ella se dignó realizar en esta heredad privilegiada, sería preciso que estas naves y esta cátedra pudieran comunicarnos algo de los acentos de elocuencia y de ferviente unción que en ellas resonaron; que nos narrasen sus mil ignoradas páginas de devoción y de ternura, los hogares de vuestros abuelos y la piedad de vuestras madres; que los huesos de vuestros antepasados reverdecieran de sus tumbas, entre la sombra de los cipreses, para repetir sus oraciones; que esos campos nos dijeran quién hizo surgir de pronto, cuando les abrasaba la sequía, aquel vapor ligero que, sin saberlo explicar la ciencia, se convierte

al punto en nube de la que desciende el agua como en las regiones de los trópicos; sería preciso, en fin, que esa preciosa lámpara, dón de Príncipes creyentes salvados por la intercesión de la Virgen María, cobrase animación y vida, para contarnos cómo los palacios de los Reyes se reconocen pequeños y desnudos para dar digno hospedaje á majestades más altas; cómo los Soberanos de la tierra comprenden bien que su grandeza es humo ante la excelsitud y el poderío de la Reina de los cielos, depositaria de las gracias y de las maravillas divinas.

¡Oh, Madre mía de San Lorenzo! ¿Qué podré yo decirte en nombre de tus hijos, para corresponder en algún modo á tus bondades y á tus méritos? Es muy poco decirte que eres la pura azucena, de florecimiento deleitable y especialmente hermoso (1); la rosa de Jericó, cuya belleza nunca estuvo ajada ni marchita; un ciprés incorruptible que se eleva sobre los más altos montes de Sión; una palma que, por su verdor, excita la emulación en Cadés; un plátano de los más ricos que crecen en la orilla de las aguas; un cedro de los más encumbrados del Líbano; un bálsamo de los más aromáticos, y un terebinto de los más frondosos (2): flores y plantas, Virgen mía, de simbolismos admirables, de significaciones pro-

---

(1) *Eccli.*, XXXIX.

(2) *Idem*, XXIV.

fundas, porque entre todas representan las virtudes que te atribuyen las grandes inteligencias y los corazones devotos; pureza celestial, perfecciones peregrinas, sufrimientos humildes, sacrificios sobrehumanos, fortaleza de mártires, auras de eterna salud, perfumes de una bienaventuranza infinita. Estas generaciones elegidas, estas almas creyentes, pasarán por delante de Ti en toda la sucesión de los siglos, sin olvidar jamás las dulcísimas palabras que su fervor y su reconocimiento oyen de tus amorosos labios: «Los que me esclarecen tendrán la vida eterna.»

No: no habéis olvidado vosotros esa promesa infalible, y yo sé que hoy más que nunca vuestra mente se encuentra iluminada por la fe, y vuestro corazón está más y más necesitado de reposo y de esperanza. Hace apenas mes y medio, Excelentísimo Señor, que asistíais piadosamente á una de esas solemnes rogativas, creación consoladora de la Iglesia Católica, y entregando á todos los vientos el Nombre de María, implorabais por su mediación poderosa las misericordias del Eterno. ¡Ah! Era que una epidemia cruel, epidemia que pone espanto en el corazón más fuerte, había invadido nuestra Península, y, como la hoz del segador, así iba cortando por todas partes millares de existencias.

¡Qué cuadro tan lúgubre y tan aterrador, señores! Zaragoza, aquel suelo bendito, santificado por la planta de la Virgen María y regado con

tanta sangre de héroes; Murcia, ciudad graciosa, antigua prenda de paz entre Aragón y Castilla, que guarda el corazón de Alfonso el Sabio; Valencia, especie de paraíso besado por las olas, con esbeltas palmeras, con frondosas vides, con aquellos árboles siempre verdes, que nos ofrecen un fruto en sazón y otro fruto mostrado; Granada, sobre todo, mi Granada querida, la joya visitada de todas las naciones del mundo; Almería, por último, Cuenca, Albacete, Alicante, Madrid, Segorbe, Teruel, todas esas ciudades sin ventura han presenciado escenas tantas de desolación y de muerte, que su solo relato venía á constituir la pesadilla de nuestras noches, haciéndonos elevar al cielo fervorosas plegarias, hasta que al cabo, Señor Excelentísimo, la desgracia que hirió á nuestros hermanos ha venido también á herirnos á nosotros, conturbando nuestros espíritus, entristeciendo nuestros hogares, arrebatando á nuestro cariño seres que nos eran muy singularmente amados. ¡Ah, católicos! Si nuestras preces no fueron enteramente escuchadas, acatemos los designios del Altísimo, cuidemos de purificar nuestra alma, oremos, siempre agradecidos, á esa Madre de amor. Valladolid no sufrió, al menos, los horrores de otras ciudades, y presentimos ya cercano el instante de levantar al cielo nuestras acciones de gracias.

Pero ¡Dios mío! ¿Será esta prolongada serie de desdichas la obra del imprevisto acaso, el efecto